

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Mayo de 1933

Núm. 97

Enrique Molina

LAS FUNCIONES DE LA UNIVERSIDAD

MUCHO se ha hablado entre nosotros de crisis universitaria y de reforma universitaria, pero no se ha llegado a ningún resultado que pudiera llamarse ni medianamente definitivo. La inquietud y la falta de satisfacción continúa en los espíritus.

En estas líneas me propongo abordar el problema desde el punto de vista de las funciones de la Universidad, que es más orgánico que cuando se llega a él buscando soluciones para una crisis o preguntándose que reformas se deben hacer. Este método me parece más fecundo. Seguramente no voy a decir nada nuevo, pero la verdad es que hay cosas que conviene repetir.

Haré este estudio teniendo en vista principalmente a la Universidad de Concepción sin pretender de ninguna manera presentarla como modelo. Líbreme Dios de semejante ingenuidad. Procederé así para marchar con la mayor seguridad que da ir afirmándose en datos concretos.

* * *

El ilustre escritor peninsular José Ortega y Gasset en su conocido opúsculo sobre la «Misión de la Universidad» señala como los dos principales fines de las actividades universitarias hacer de los jóvenes que



acuden a sus aulas buenos profesionales y hombres cultos.

Antes de que Ortega lo dijera nuestro instituto superior había comprendido dentro de su misión docente la realización de esas dos finalidades.

Muy denigrada se suele ver la tarea de formar profesionales, pero es una función de la cual no se puede prescindir. Cabe criticarla cuando la universidad limita a ella el campo de su acción, pero no cuando la practica en armonía con las demás funciones que le son propias.

Para la formación del futuro profesional la universidad ofrece por un lado la enseñanza teórica que se toma de los libros y se da en las clases y conferencias y por otro cuida de la práctica y del adiestramiento técnico que se obtiene con el trabajo del estudiante mismo, sus observaciones y experiencias en los diversos laboratorios y gabinetes, en los seminarios, en las bibliotecas, en las salas de disección y en los hospitales y clínicas.

Sin la agudeza de los sentidos, sin la destreza de la mano, sin la perspicacia y rapidez de la observación que desarrolla el propio manejo de las cosas que van a ser la materia de la profesión no se pueden ofrecer a la sociedad ni médicos, ni dentistas, ni ingenieros, ni farmacéuticos que sean dignos de confianza. Otro tanto cabe decir del futuro profesor que necesita pulir su saber pedagógico y enriquecer su alma al contacto de los niños y con la práctica escolar, y del futuro abogado que en los seminarios, en las oficinas y en el examen de legajos y expedientes debe adquirir el ojo certero y la rapidez de juicio para descubrir los hechos reales, la verdad jurídica y la justicia de entre la maraña con que generalmente se trata de encubrirlos.

Los trabajos prácticos de los alumnos que por una parte tienen carácter técnico, por otra los hacen penetrar en uno de los campos más importantes de las

finalidades fundamentales de la universidad, cual es el de la investigación científica. Las labores de seminario y laboratorio tienen por objeto iniciar y adiestrar al estudiante en el manejo de los métodos científicos. Este aspecto científico de la preparación que a menudo se toma como meramente profesional queda más en claro aun con la exigencia de que el profesor universitario sea no sólo el maestro que da lecciones y conferencias sino también un investigador. No ha dejado, sin embargo, de discutirse este punto habiendo quienes sostienen que la investigación científica no debe ser una función primordial de la universidad que vale más que el profesor sea un pedagogo y no un investigador. Pero nos parece que en todas las universidades que han alcanzado un más alto grado de desarrollo y adelanto se mantiene la tradición de que los profesores sean a la vez investigadores. Por lo menos, esta amalgama es de conveniencia indiscutible cuando se trata de profesores de ramos científicos básicos, como ser de matemáticas, física, química, anatomía, biología, fisiología, histología, psicología, filosofía, sociología. De acuerdo con estos principios la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción se ha organizado con excelentes resultados en institutos a cargo de profesores *full-time*.

Los estudiantes han fundado en Concepción por iniciativa propia una Casa de Asistencia Social que cuenta con un policlínico y un departamento de consulta jurídica que sirven gratuitamente al público, con lo que rebalsan el estrecho marco de sus estudios profesionales y se ejercitan en la práctica de los servicios sociales que constituye una mira que no debe perder de vista la universidad.

En lo dicho anteriormente se ve que el graduado universitario no debe salir de las aulas armado con la simple o mañosa habilidad de un rábula o de un curandero y que la preparación profesional de que ha

sido objeto envuelve una verdadera forma de cultura. Sería esta incompleta si además el graduado no saliera penetrado de un sentido profundo de la ética de su profesión. Armado así, debe entrar a abrirse paso por los en un principio difíciles y siempre tortuosos caminos del mundo. Pero generalmente la ética profesional no es materia de un estudio sistemático en las universidades. Como la ética general en los establecimientos de enseñanza secundaria, se la considera tal vez asunto entregado al cuidado de todos los profesores. Sin embargo valdría la pena reflexionar acerca de una mayor preocupación sobre el particular y quién sabe si más de un aspecto de la crisis universitaria se podría atacar por este flanco.

La segunda finalidad universitaria de que hemos hablado es la formación del hombre culto, entendiéndola como un proceso que puede concebirse aparte de la cultura profesional, pero en armonía con ella.

El eminente escritor español antes nombrado ha dicho en su mencionado opúsculo que «cultura es el sistema vital de las ideas de cada tiempo». Entre nosotros se citan generalmente las frases de Ortega y Gasset como versículos del Evangelio, sin someterlas al menor examen crítico. Pero de este no se debe prescindir en ningún caso. Así me parece la anterior definición muy discutible sobre todo si se la quiere tomar como faro de orientación para la educación del hombre culto. No ofrece dudas que haya ideas científicas que sean propias de cada época. En este caso se encuentran las que elaboran los conceptos relativos al mundo físico y no se puede llamar hombre culto quien no esté al corriente, por lo menos, de los principios generales de la física, de la química, de la biología, de la fisiología y de la sociología de su tiempo. Bien entendido que me refiero sólo a tener concepciones generales. Ni cabezas como la de Aristóteles, Pico de la Mirándola o Leibnitz serían capaces de asi-

milarse la inmensa suma de saber acumulada en nuestros días.

También en lo referente a aspiraciones sociales y políticas cada época tiene sus ideas propias, pero no es posible usarlas de igual manera que las anteriores como cartabón para medir al hombre culto. ¿Habría sido la expresión de una verdad excluir de este dictado a todos los que a fines del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX no comulgaron con la Declaración de los Derechos del Hombre? En este caso Chateaubriand no habría sido una persona culta. Tampoco lo habría sido casi ningún inglés de ese tiempo.

Más expuesto aún a confusiones resulta afirmar que cada época posea ideas normales propias que constituyen la verdadera encarnación de la cultura. Tal vez contempladas las épocas a lo largo de las perspectivas simplificadas de la historia pueda parecer eso posible. Pero en realidad a menudo las ideas dominantes se hallan lejos de ser una expresión de cultura y las que pueden llegar a ser vitales para el futuro de la sociedad tampoco han alcanzado el plano que parece propio de lo que llamamos culto. En el siglo I de nuestra era la opinión dominante se manifestaba muy favorable a la fácil ruptura de los vínculos matrimoniales. ¿No habría personas cultas entre las que defendían y conservaban las viejas costumbres romanas contrarias a la relajación del hogar? Pero todo lo romano en cuanto pagano, iba en decadencia y estaba condenado a inevitable disolución. Las ideas vitales para el porvenir se hallaban entonces entre los cristianos, de los cuales no se podía decir, por otra parte, que fueran elementos cultos.

Sólo tras una perspectiva histórica ofrecida por muchos siglos de por medio suele ser dado percibir esas ideas vitales de una época. Otras veces éstas no pasan de ser una ilusión creada por la simplificación y el tra-

bajo de síntesis que el historiador ha llevado a cabo al hacer el cuadro que nos presenta.

Me atrevo a pensar que la cultura antes que consistir en las llamadas ideas vitales de una época, debe descansar precisamente en la concepción contraria de que el alma culta no puede ser sostenida sólo por ideas exclusivamente propias de un tiempo dado sino que tiene que serlo por fuerzas espirituales que suman sus raíces en edades anteriores lejanas de donde extraiga la sustancia secularmente acumulada de valores permanentes. Lo genuinamente propio de una edad tal vez no pasa de ser una moda y como tal efímera.

¿Cuáles serían las ideas vitales características de nuestro tiempo con que iríamos a formar el alma de nuestro hombre culto? ¿Las del bolchevismo, las del fascismo? En materias técnicas, científicas y artísticas encontramos muchas concepciones que con razón pueden ser llamadas de nuestra época. En el orden social, moral y político no hay otras. Las demás son en mayor o menor grado tradicionales. Salta a la vista que si estas tendencias pueden suministrar principios satisfactorios para la educación de los pueblos que comulgan con ellas, se encuentran muy lejos de llegar a monopolizar los conceptos de cultura en el mundo civilizado.

Otra característica de nuestra época es el predominio de la técnica. De la influencia de esta se ha llegado a considerar que lo acertado es reaccionar y proceder en toda circunstancia con puro dinamismo.

Con el término «dinamismo» quiero designar la parte de voluntad, el poder de obrar que debe manifestarse en nuestra respuesta a los estímulos exteriores.

Se suele vivir de la ilusión de tomar por progreso lo que sólo es mero y vano movimiento, cambio de lugar de las cosas sin ningún contenido espiritual. Tal forma de reacción, propia de los impulsivos, sería más bien una muestra de incultura.

Pero el dinamismo, bien acompañado de otros ingredientes morales, es un elemento que puede integrar el concepto de lo que debe ser el hombre culto.

Notemos que hemos desplazado ligeramente el problema y que dejando a un lado la definición de la cultura hemos entrado a hablar de lo que debe ser el hombre culto, que es el fin que perseguimos. La noción de cultura es muy compleja. Su contenido varía según las épocas, según las profesiones y las actividades de los hombres. Así se habla de la cultura del siglo de Pericles, de la cultura del Renacimiento, de la cultura de nuestros días, de cultura científica, literaria o artística. Se distingue cultura espiritual y material y es un término que no se diferencia bien del de civilización.

Pero me parece que si buscamos la génesis de la función cultural se aclarará el sentido de la idea «cultura» y arrojaremos nueva luz sobre como ha de ser el hombre culto que aspiramos a formar.

A mi entender el nacimiento de la cultura debe señalarse en el momento en que se manifestó una voluntad de superación del instinto por medio de la razón, en que apareció el anhelo de perfeccionamiento y empezó la serie de inventos del hombre que han venido creando sobre esta frágil corteza de la tierra un mundo espiritual y un mundo material mutuamente penetrados.

Estimamos ese núcleo primitivo de la superación del instinto como una de las cualidades esenciales de la cultura. Un hombre puede ser un gran artista, un héroe, un genio, pero si no sabe dominar sus pasiones en lo que tengan de contrario a valores éticos y jurídicos reconocidos no es un hombre culto en este aspecto de su personalidad.

Hemos seleccionado como cualidad del hombre culto el dinamismo, siempre que éste vaya acompañado de ingredientes morales. Estos los suministran el do-

minio de sí mismo y el sentimiento de valores permanentes que se han de instalar en su alma durante su educación. Así llegamos a percibir lo que debe ser lo esencial de este tipo de hombre: la capacidad de encarar con un alma henchida a la vez de humanidad y dinamismo los problemas actuales.

Sin dinamismo de la voluntad y con el alma muy saturada de ilustración y de sentimientos humanos se obtiene sólo la personalidad del erudito estéril o del hombre bondadoso sin carácter. Ya hemos expresado en líneas anteriores que, al revés, el mero dinamismo sin contenido espiritual constituye más bien una muestra de incultura.

El filólogo que escudriña misterios del pasado en su gabinete y el sabio que en su laboratorio trata de descubrir algún secreto más de la naturaleza pueden ser y son sin duda hombres cultísimos, pero obran en esos momentos como especialistas. Mas el especialismo, flor muy superior de la cultura, tiene que ser una flor rara y para pocos.

La piedra de toque en que se juzga al hombre culto de término medio, la proporciona su saber reaccionar ante los problemas actuales. En este punto encontramos lo que es verdaderamente «vital» para la sociedad, lo que no hemos podido hallar en ese sistema vital de ideas de que habla el filósofo español que es muy difícil de precisar. Lo vital es que los hombres sepan reaccionar con actividad creadora ante las exigencias del día, creadora en verdad, pero movida por una conciencia clara de nuestros deberes y limitaciones, de los derechos de los demás y de las consideraciones que debemos guardarnos para embellecer nuestro tránsito por la tierra.

Fuera de su preparación científica y técnica—, ¿qué otra cosa les vamos a enseñar a nuestros futuros abogados sino que sean sacerdotes incorruptibles de la justicia, a nuestros futuros médicos, dentistas y farma-

céuticos que deben consagrarse con rectitud y abnegación a extirpar el dolor y las enfermedades, a nuestros profesores que deben ser todo amor para el alma encantadora de los niños y el alma inquieta de los jóvenes y a todos en general que deben buscar el bien, la armonía y la verdad como los supremos valores del hombre?

No quiere decir esto que creamos en la existencia de una justicia, de un derecho, de un bien en sí. Tal actitud equivaldría a caer en un realismo medioeval del cual nos encontramos muy distantes. Pero el hecho es que, dentro de su relatividad, esos valores existen. Existe la justicia aunque se la tuerza todos los días y muchos pobres sufran por falta de ella. Existe la bondad no obstante los caracteres malvados que se complacen en el daño de sus semejantes. Existe la honradez a pesar de que pululen los pillos y los desvergonzados. Existe el valor y no empece para ello que haya millares de cobardes. Existe la caballerosidad al lado de seres vulgares y ordinarios. Existen estos valores y otros más aunque triunfen momentáneamente los menguados que los desconocen o los niegan. Se mantienen como conquistas que se han venido imprimiendo con los siglos en el alma humana, o por lo menos, en las almas selectas que son las salvadoras de la cultura. Los caminos y canales trazados por los hombres en la superficie de la tierra, los campos cultivados, los parques y jardines plantados en ella no tienen nada de absoluto; pero existen como un bien que las generaciones se van transmitiendo con el mensaje de conservarlos y mejorarlos. Los caminos, campos y jardines son valores de la tierra. Las virtudes son los caminos y jardines del alma. Todo ello es el fruto de la labor secular de la fuerza creadora y de las tribulaciones del hombre. Es nuestra heredad que debemos cultivar y hacer progresar para embellecer y mejorar la vida.

Ortega y Gasset ha preconizado para la realización

de los fines de que venimos hablando la erección de una Facultad de la Cultura; pero pensamos que tal facultad sería una redundancia y que las finalidades que podrían señalársele corresponden a la Facultad de Filosofía. Es verdad que entre nosotros esta no ha tomado todavía en sus manos la realización de una misión semejante. Es una labor que queda por hacer y no cuesta ver que en esta deficiencia se encuentra tal vez otra de las razones de la crisis universitaria.

Por medio de sus investigaciones científicas las universidades contribuyen a la conquista de nuevas verdades dignas de inspirar certidumbres, que enriquecen nuestros conceptos del mundo y aumentan el poder del hombre sobre las fuerzas materiales. La busca de la verdad es una de las más nobles ocupaciones del espíritu, que supone a veces no poco valor y heroísmo de parte de los que se consagran a ellas. A las aplicaciones prácticas de los descubrimientos científicos debe por otro lado la humanidad la casi totalidad del bienestar de que disfruta. Entre nosotros, por falta de tradición científica, de publicaciones suficientes, de personal e instalaciones adecuadas, de ambiente en una palabra, no ha llegado todavía la investigación científica a retener la densidad que ocupa en las universidades del viejo mundo. Que haya profesores preparados para dedicarse especialmente a las tareas de la ciencia y que dispongan de laboratorios y bibliotecas bien equipados son las piedras angulares para hacer labor científica. En la carencia de estas condiciones, en la falta de medios para conseguirlas, en la disconformidad, en fin, entre las aspiraciones y las posibilidades de realizarlas puede quizás encontrarse otro antecedente de nuestra crisis universitaria.

Ya hemos insinuado que la Universidad de Concepción para hacer labor científica ha organizado el estudio de los ramos básicos de la Facultad de Medicina en institutos dirigidos por profesores *full-time* especial-

mente contratados. Así funcionan los institutos de Fisiología, Anatomía Patológica, Histología, Biología, Anatomía y Bacteriología. Los tres primeros se hallan a cargo de los profesores señores Alejandro Lipschütz, E. Herzog y K. Haenckel, respectivamente, que gozan de una alta reputación científica. También es bastante conocido por sus trabajos científicos el profesor Ottmar Wilhelm, director del Instituto de Biología. Algo semejante se puede decir de los doctores E. Solervicens y L. Moraga, directores de los últimos institutos mencionados (1).

Sin ser contratados ni *full-time* otros profesores hacen también labor científica importante. El doctor Guillermo Grant, profesor de Patología, es autor de un Tratado de Patología General que ha sido premiado por sociedades científicas. El doctor Alcibiades Santa Cruz, profesor de Botánica, ha escrito un Tratado de Botánica recibido con general aprobación.

Nuestra Facultad de Ciencias Jurídicas busca también dar una orientación científica a sus estudios. Ha establecido al efecto el funcionamiento de dos bien organizados seminarios.

El cultivo y fomento de las letras no ha sido tampoco indiferente para nuestro Instituto. A su servicio está destinada la revista *ATENEA* que circula como un alto exponente de nuestra cultura en todos los pueblos de habla castellana y es solicitada con interés desde los centros universitarios estadounidenses y de otras partes del mundo. Además la Universidad de Concepción ha instituido premios anuales para las mejores obras literarias y científicas que se publiquen en el país.

(1) La Universidad de Concepción dispone de edificio propio para el Instituto de Fisiología. El destinado a Anatomía e Histología se acaba de terminar y se inaugurará dentro de corto tiempo. Se ha iniciado el Instituto de Biología, cuya construcción, que se acaba de contratar, costará a la Universidad poco más de 1.300.000 pesos.

Aunque algo se ha venido haciendo entre nosotros en los últimos años en materia de Extensión Universitaria este servicio no ha alcanzado ni con mucho el magnífico desarrollo que ostenta en casi todas las universidades norteamericanas. Por medio de conferencias, de cursos cortos y folletos éstas llevan la ilustración y la información a cuanto habitante del Estado las necesiten y por medio de los cursos por correspondencia tienen discípulos en el mundo entero.

* * *

Last, but not least, la universidad debe cuidar del bienestar de sus estudiantes. Para eso es *Alma Mater*, madre benigna. Puntos esenciales constituyen en este sentido la atención que se ha de prestar a la educación física y a la existencia de casas confortables mantenidas por la universidad y que libren a los estudiantes de las pobres y a veces sórdidas casas de pensión a que se ven condenados por ahora. En caso de enfermedad la universidad debe prestar completa ayuda a los estudiantes de escasos medios. Así lo practica la Universidad de Concepción; pero ésta no ha podido todavía ni construir el estadio que tiene proyectado para dar a la cultura física el desarrollo que concibe, ni levantar las casas de estudiantes que tanto desea. No lo ha podido por falta de recursos. Para despojar a la Universidad de Concepción de parte de sus entradas algunos insisten en las necesidades de la beneficencia. Con la falta de reflexión y la sobra de emoción sentimental propias de espíritus perezosos ven lo que salta a la vista, enfermos que sufren, y no el mal que germina un poco más disimulado alrededor de ellos, vidas en flor condenadas a una muerte prematura. Si es grave que los enfermos carezcan de lo necesario, ¿no es quizás más grave aun que jóvenes sanos se conviertan en enfermos, en piltrafas de la tuberculosis y de

los vicios, porque no se les ha sabido dar ni la educación general y física que les conviene, ni casas confortables, ni alimentación adecuada? En estas incomprendiciones se halla otra de las raíces de nuestra crisis universitaria.

El Consejo de la Universidad de Concepción tiene en tabla un proyecto de Centros de Estudios que deben funcionar en cada facultad y de un Centro de Estudios de Filosofía y Sociología para el profesorado y el alumnado de todas las facultades. Estos centros estarían integrados por profesores y alumnos en conveniente proporción. Estudiarán desinteresadamente y sin otro fin que llegar a soluciones de problemas de importancia nacional, o relacionados con las materias de cada escuela o de carácter filosófico y sociológico. Se espera con estos centros, intensificar la inteligencia mutua entre profesores y alumnos, acudir a salvar las desorientaciones ideológicas de los jóvenes y acostumbrarlos a juzgar clara y serenamente las cuestiones del caótico mundo contemporáneo.

Algunos grupos estudiantiles creen que la solución del problema universitario depende de la implantación de ciertos postulados caros para ellos, como ser la participación de los estudiantes en los cuerpos directivos de la universidad y en las facultades, la asistencia libre, la docencia libre. Agita estas enseñanzas tanto ardimiento juvenil como inexperiencia. De todas las universidades del mundo, según entiendo, las de la República Argentina desde 1918 y las de España recientemente son las únicas que han acordado a los estudiantes participación en los consejos directivos. El ensayo en la Argentina no ha dado resultados satisfactorios. Ha introducido en la vida universitaria muchos de los vicios y miserias propios de la mezquina politiquería electoral. Supongamos que esto no fuera así. ¿Podrá contribuir la presencia de los estudiantes en

los consejos y facultades a intensificar la investigación científica, a allegar más recursos para los laboratorios, a contratar sabios y profesores competentes en el extranjero o en el país? Me parece que no. Para hacer con acierto el contrato de un profesor extranjero es menester estar al corriente de la vida científica universal dentro de la especialidad de que se trate. Y ningún estudiante puede hallarse en esta situación. Algo análogo puede decirse de los demás asuntos universitarios. Para la conveniente solución de todos ellos se requiere preparación administrativa o docente y a menudo un caudal de experiencia que nunca se improvisa.

La asistencia libre de los estudiantes a clase es, en el mejor de los casos, un arma para señalarle la puerta a un mal profesor. Mas, en realidad, los jóvenes no necesitan de este medio para boycotear con éxito a quien lo merezca. Y es un arma de doble filo porque hay peligro de que se abuse de ella sin razón. Tal vez se podría acordar esa libertad para los últimos dos o tres años del curso.

En cuanto a la docencia libre no es aceptable que cualquiera, sin calificaciones previas, pueda ocupar una cátedra universitaria. Esta significa una situación de dignidad y de responsabilidad, de las más altas que se encuentran en el orden intelectual—, y es justo que a quién pretenda ocuparla se le exijan los títulos y antecedentes de su competencia. Planteada así la cuestión queda reducida más o menos a la aceptación de profesores extraordinarios tal como existe hoy día en nuestras universidades.

Entre profesores y alumnos debe haber colaboración continua. A los jóvenes hay que oírlos en todo momento para saber de sus necesidades e inquietudes, de sus desorientaciones y desalientos y proporcionarles cuanta ayuda moral, intelectual o material sea posible. Pueden los jóvenes prestar una cooperación muy eficaz

en comités integrados con miembros de las facultades para preocuparse del bienestar estudiantil y en muchos detalles de la extensión universitaria. Tanto en esto como en obras de servicio social, según lo hemos indicado antes, han dado muestras los círculos estudiantiles de abnegación y de capacidad para trabajar con buen éxito.

Pero que tengan cuidado nuestros jóvenes de que el señuelo de vanas quimeras,—ya sean lealmente tales o no pasen de encubridoras de la pereza—, no los arrastre a perder el precioso tiempo que deben dedicar a sus estudios y a su propio perfeccionamiento. La ascensión espiritual es una ascensión que no termina nunca. El que cree haber llegado a la cima y detiene su perfeccionamiento pasa a quedar entre los rezagados. En los pequeños talleres de la edad media, para ser maestro era menester haber pasado antes durante el tiempo necesario por los grados de aprendiz y compañero. A nadie se le podía ocurrir entrar de la calle a dirigir de buenas a primeras el taller al lado del maestro. Este es el orden natural y justo de las cosas y nuestros estudiantes pueden meditar en el ejemplo que, no por venir del medioevo, deja de ser sabio.

Si a nuestra época la ha sacudido una tremenda crisis económica no es menos sensible la crisis espiritual que la atormenta. Cuánta desorientación de las inteligencias, cuánto desfallecimiento de la voluntad, cuánta falta de fe en todo, cuánto afán de goce sensual. A las universidades corresponde, en gran parte, salvar y saber conservar los valores éticos y jurídicos que la humanidad indudablemente posee y estudiar las nuevas formas de vida que las necesidades de la época reclaman, de manera que, sin destruir lo bueno que tenemos, se pueda crear para los hombres un mundo mejor.

Las universidades han menester para realizar su múltiple misión de personal abnegado, de amplios re-

cursos económicos y de autonomía. En el orden de las actividades académicas esta no debe reconocer otros límites que los que aconsejan la lógica, la seriedad y la dignidad misma de la universidad. Ella puede organizar sus estudios como lo estime más conveniente y conferir los grados académicos según las reglas que establezca. Pero en tratándose de títulos profesionales tiene que hacerse sentir la tuición del Estado. Tales títulos no puede otorgarlos sino éste por medio de comisiones nombradas por la Superintendencia de Educación.

Las universidades norteamericanas gozan de gran libertad y pueden otorgar títulos profesionales. El régimen que preconizamos de supervigilancia por medio de una Superintendencia, funciona con excelentes resultados en Bélgica y en Italia y se aplica igualmente a las universidades fiscales y particulares. No existe en estos países una universidad privilegiada sino que todas gozan de una justa libertad académica y todas también se someten por igual a las condiciones de garantía que les impone el Estado en resguardo de la sociedad.